para ofender constantemente al que quisiera pasar por el río, "y sin más fortificación que su espesura se le podrá degollar toda la gente".

El verano anterior había visitado Enríquez (1636) el Fuerte de San Lorenzo junto con todas las personas más entendidas en materia de fortificación que pudo encontrar en Panamá comprobando que estaba deshecho, y que de Castillo no tenía más que el nombre. No estaba de acuerdo con la opinión anterior de Roda de reforzarlo, sino más bien de cambiar su emplazamiento. Gastar 80.000 pesos en reparaciones le parecía absurdo cuando el hacerlo de nuevo costaría poco más. Era por otra parte absurdo construir un castillo con un cerro a las espaldas desde donde se le podía ofender y dominar fácilmente. El lugar donde se hizo primeramente no era adecuado "por la perversa disposición del sitio", y resultaría hasta más económico construirlo en otra parte. Creía Enríquez que acabando de derribar la Torre donde se alojaban los soldados "dejándola en el último tercio no más, el cual se ha de terraplenar, pues las murallas tienen diez pies de ancho" y colocando sobre ella la artillería, trasladando los alojamientos de la infantería a la falda del cerro cercándolos de trinchera alta, sería la mejor solución. La idea era que los cimientos del Fuerte no tuviesen que salir de la misma orilla del agua, y que todo el Fuerte quedase protegido por un cinturón o trinchera.

Había desde el Portete o puertecillo situado a las espaldas del Fuerte, donde los barcos podían llegar hasta poner las proas en tierra, dos pasos por los que se podía subir a lo alto de padrastro, pero eran muy "agrios y dificultosos" al decir del Gobernador, que recomendaba inutilizarlos del todo, picando la piedra "a escoda" (*) dejándolos tanderectos como una pared con lo cual quedaría seguro el monte y a su vez los alojamientos y plataforma. Pidió al Rey que le enviase a Juan Bautista Antonelli al Istmo para que dirigiese y supervisase las obras que habrían de hacerse y que no se hiciera como en ocasiones anteriores en que llegaba el Ingeniero, daba las órdenes y se marchaba, con lo cual venían los problemas que ahora se confrontaban. (**).

(*) Escoda: Instrumento de hierro a manera de martillo, con corte en ambos lados, enastado en un mango, para labrar piedras y picar paredes.

(**) Muy inteligentemente, el Gobernador Enríquez escribía al Rey (Enríquez al Rey, 15.VII.1637, AGI, Panamá, 89):
 "V.M. no me da orden que execute lo que resolviere sino que lo avise para que allá se tome la resolución, inconveniente harto grande en plaza tan rematada como ésta y en distancias tan grandes como hay desde aquí a España y en tiempo de tantas guerras y enemigos tan cercanos como los de Santa Catalina, cosas todas bastantes a seguir antes el parecer del Ingeniero que aconseja desde el sitio mismo que la censura hecha desde Madrid por relaciones que jamás pueden ajustarse a las dificultades que sólo reconoce la vista de que proceden riesgos irremediables sin culpa alguna del Ingeniero de España, pero con daños grandes de V.M."

El Castillo de San Lorenzo se hizo desde sus principios sin través alguno, y así no era de extrañar que en poco tiempo se hubieran abierto las paredes y las murallas por tres partes como señalaba el plano que Enríquez envió al Rey (*). En el derrumbe de los muros se había destruído también como consecuencia el terraplén.

Como San Lorenzo estaba fundado al pie de un cerro de más de 100 pies de altura de paredes perpendiculares, era imposible subir por aquella parte a un espacioso llano que tenía en su cima; en cambio por la parte del cerro que daba al Portete se subía y bajaba más fácilmente como ya se dijo, de manera que cualquier enemigo podría haber penetrado desde el Portete hasta la cima del cerro y atacar al derruido fuerte desde arriba simplemente tirando piedras. Por este motivo, se pensó que si se conservaba el mismo emplazamiento, debería hacerse en lo alto del cerro un foso o cortadura de 20 pies de ancho, desde el Portete hasta la parte que miraba al río, y de no menos de 20 pies de fondo con sus dos traveses, revistiéndolo de mampostería con el escarpe y grueso necesario y con un parapeto de cinco pies de alto para que esta cortadura sirviera de muralla y foso a la vez. Este dispositivo impediría el ataque al fuerte desde lo alto del cerro. Además en este parapeto se podría poner artillería y mosquetería.

(*) Enrique Enríquez al Rey, 15.VI.1638 (AGI, Panamá, 89).

Además la llanada que había sobre el cerro era un buen lugar según Enríquez para construir en ella las viviendas de los soldados que así no sufrirían tanto por la humedad del río, por ser sitio más sano y seco.

Para bajar de los cuarteles y el parapeto a la plataforma inferior del Fuerte, y de ella a los cuarteles y "darse la mano lo alto con lo bajo brevemente en tiempo de paz y de guerra", cosa que no había podido resolver ninguno de los Ingenieros que por allí habían pasado, recomendaba el Gobernador "hacer un caracol de tres pies de diámetro por donde muy holgadamente puedan bajar dos soldados y subir otros dos a un tiempo mismo".

Primera mención del Caracol de la punta que sería construido más tarde, genial idea de Enríquez, que resolvía técnicamente y en forma muy simple los inconvenientes que antes parecían existir, y dejaría el puesto perfectamente fortificado y con más desahogo y menos riesgo para la salud de la guarnición, que debía ser de 30 soldados sin contar el castellano y los artilleros según quería el Gobernador.

A finales del año 1637, después de haber partido los galeones de la Flota de Indias hacia España, dos bajeles piratas "muy empavesados y adornados con gallardetes" atacaron al Fuerte de San Lorenzo (*). Pero el castellano, pronto se puso en defensa y con los 18 hombres que tenía de guarnición en aquel mo-

(*) Enrique Enríquez al Rey, 15.VII.1638 (AGI, Panamá, 89).

mento, aprestó rápidamente la artillería "que por ser ella buena y coxerles muy de cerca" desarboló uno y averió el otro en la misma línea de flotación, lo que les obligó a virar y salir con más prisa que habían entrado. Uno de los bajeles se hundió a la salida del río a la vista de los soldados entusiasmados y el otro como pudo se alejó de aquellas costas. Avisado inmediatamente el Presidente Enríquez envió un refuerzo de 40 soldados, dos artilleros y municiones por si aquellos barcos no habían sido más que la avanzada de alguna otra fuerza mayor, aprestando todas las demás defensas y poniendo en alarma a las demás guarniciones de Portobelo y Panamá, pero no hubo más ataques por el momento. Seguramente debieron de pensar que tomarían por sorpresa a la guarnición y la captura del Fuerte sería cosa fácil.

El Gobernador D. Sebastián Hurtado de Corcuera, que fuera el antecesor de D. Enrique Enríquez, había puesto además de los 18 que había, otros doce soldados, pero el Rey había dispuesto que no eran necesarios y le ordenó retirarlos. Enríquez solicitó nuevamente al Rey permiso para dejar la guarnición permanente de San Lorenzo en 30 hombres sin contar los artilleros, al menos "mientras que con una paz universal no se aseguraren los riesgos de la guerra".

Preocupado por el estado casi de desmantelamiento en que

se encontraba San Lorenzo, ordenó ir almacenando materiales tales como cal, piedra, arena, dando a pregón la petición para ver quién se hacía cargo del trabajo (por subasta) de poner todo lo necesario para la obra el 1^o de enero de 1638 en la boca del Río, por ser ésta según se sabía la fecha de comenzar los trabajos con la época seca. Dos personas se ofrecieron en remate público a tener todo el material listo para esa fecha, pero les fué imposible cumplir con el trabajo y sólo una parte del material estaba preparado para la fecha estipulada.

Pero el Presidente Enríquez no pudo ver coronada por el éxito su labor, pues la muerte le sorprendió antes. Los Oficiales Reales de Panamá, comunican al Rey en carta de 1^o de septiembre de 1638 desde Portobelo la defunción de Enríquez (*). Se refieren también al Fuerte de San Lorenzo, mencionando el hecho de que hay gran cantidad de materiales reunidos por el difunto Presidente preparados para las obras, pero no saben qué es lo que realmente se iba a hacer allí, así que comisionaron al Oidor más antiguo D. Andrés Garabito de León para que con el Ingeniero Militar de Cartagena D. Juan de Somóvilla Tejada fueran a reconocer el Fuerte e hiciesen un plano, para que se pudiese dar comienzo inmediatamente a las obras.

(*) Los Oficiales Reales al Rey, l.IX.1638 (AGI, Panamá, 89 (2)).

Quando llegó el Presidente D. Juan de Vega Bazán a Portobelo, recién nombrado Capitán General del Reino de Tierra Firme, y después de reunirse en Junta de Guerra con el Ing^o Somovilla Tejada y los oficiales y Generales de la Flota de D. Francisco Díaz Pimenta, pasó a Panamá, viajando por mar hasta la Boca del Río Chagre donde estuvo inspeccionando el Fuerte de San Lorenzo (*) encontrando que estaba deshecho y la artillería colocada sobre el cerro para que pudiese dar alguna defensa. La verdad era que la única defensa que había en la boca del Chagre según dijo Vega Bazán eran "los pechos de los soldados;" por lo cual fué necesario añadir otros más a los que ya había.

El año de 1643, coincidiendo con la toma de Chiloe y Valdivia por una Flota holandesa, dos fragatas que salieron de Cartagena para Portobelo, en una de las cuales viajaba el Oidor de Panamá D. Fernando de Velasco, fueron perseguidas hasta la boca del río Chagre por 12 ureas holandesas (**).

Parece que desistieron de atacar pensando que las defensas de la boca del río eran más fuertes, y continuaron su viaje a Veraguas atacando al pueblo de Concepción con 3 ureas, 2 barcones y 6 lanchas, desembarcando 300 hombres que penetraron por el río llegando hasta el poblado habitado por aqual entonces por algunos mineros y labradores sin guarnición alguna.

(*) Vega Bazán al Rey (1643) (AGI., Panamá, 89 (2)).

(**) Vega Bazán al Rey (1643, b) (AGI., Panamá, 89 (2)).

Enterado el Presidente Vega Bazán que acababa de llegar a Panamá, de estas novedades, envió a Fuerte de San Lorenzo refuerzos, x municiones y alimentos y a Veraguas por tierra dos compañías que había en Natá, una de indios bien entrenados y otra de españoles y otra más que acababa de organizarse para venir a Panamá y que quedó de guarnición en Natá.

A Portobelo envió el Sargento Mayor Martín de Vergara por Teniente de Capitán General con su compañía y un grupo de "indios flecheros, que son de mucho servicio y de más provecho que los arcabuces cuando hay agua que es bien continua en este reino".

Pero los refuerzos enviados a Veragua llegaron tarde, encontrándose aún humeantes los restos del Puerto de la Concepción, todo saqueado y habiéndose llevado los piratas a los cuatro vecinos más acomodados seguramente para pedir rescate por ellos.

Según las noticias recibidas en Panamá, todas las embarcaciones piratas, las que atacaron a Concepción y las que no se atrevieron a atacar a Fuerte de San Lorenzo, se reunieron pues eran de la misma flota y marcharon contra Tolú, incendiándolo y saqueándolo, marchando desde allí según los mismo informantes a Jamaica, donde se preparaban para volver contra Río Hacha y todos aquellos puertos de la costa donde no hubiera defensas.

Por todas estas razones, el Presidente Vega Bazán dice

al Rey en 1643 (*): "Todo esto Señor pide remedio y no lo puede dar como lo he dicho muchas veces en diferentes ocasiones con piedra y cal. NAVIOS, SEÑOR, NAVIOS ! Son los que pueden asegurar sus reinos de V.M. tan dilatados y digididos".

Cuando en 1643, Vega Bazán llegó al Istmo, después de inspeccionar Portobelo y San Lorenzo, continuó su viaje a Panamá por el río Chagre (**) y después de una accidentada travesía llegó a la Casa-Aduana de Cruces,

En la Aduana de Cruces se cobraba el impuesto llamado de camarajes por la custodia de la ropa que se conducía a Portobelo por el Río Chagre. Observó Vega Bazán que el impuesto se cobraba por días de estacionamiento, lo que había producido queja de los mercaderes pues era frecuente que permaneciera más días de los debidos estacionada, y por este motivo dió orden de que se cobrara por piezas, como se había hecho siempre con productos que iban de Panamá a Portobelo, como la tinta cacao, lo que facilitaba el despacho y lo hacía más rápido.

Comunica Vega Bazán al Rey que la Casa de Cruces "se estaba cayendo" así que sin pérdida de tiempo comenzó a reconstruirla.

Por el Archivo de Cédulas que había en Panamá se enteró

(*) Vega Bzán al Rey (1643) (AGI, Panamá, 89(2)).

(**) Vega Bazán al Rey (1644, sin fecha) (AGI, Panamá, 89 (2)).

que el Rey anteriormente había ordenado construir en Cruces una Casa Fuerte capaz para seis piezas de artillería y 50 soldados de guarnición. Sin embargo después de varias consultas que hizo, resolvió contradecir la opinión del Monarca y en esto estuvo en total acuerdo con su predecesor Enríquez (*).

Por eso añadió otros 20 hombres a los 20 que había de guarnición en San Lorenzo, y pensó que reconstruyendo el Fuerte no habría necesidad de hacer ninguna defensa en la Casa de Cruces. A la menor señal de enemigos se podían poner en poco tiempo 100 hombres en Las Cruces.

Lo que hacía falta eran obreros para trabajar en las fortificaciones y este era el motivo por el cual o no se hacían o se tardaba tanto en hacerlas o se construían mal: la falta de personal.

Consultados el Ing^o Somovilla y el Ing^o Juan Bautista Antonelli por el Rey (**) sobre lo que se debía hacer en los fuertes de San Lorenzo y Portobelo, éstos hicieron su informe al que ya hicimos mención al hablar de Portobelo, y en relación a San Lorenzo, consideraban que era preciso fabricarlo de nuevo.

(*) "Se halla que no conviene hacerse allí porque el enemigo tiene muchas partes donde echar gente en tierra si no se le defiende antes de llegar a ella en la entrada del río a donde ha estado el Castillo de San Lorenzo que se ha caído del todo, y es a donde conviene haya la defensa porque resiste al enemigo la entrada y tienen abrigo nuestros bajeles como se vió el año pasado cuando D. Fernando de Velasco, Oidor de esta Audiencia vino a Panamá". (Vega Bazán al Rey, 1644, AGI, Panamá, 89,2).

(**) Somovilla y Antonelli al Rey, 5.I.1647 (AGI, Panamá, 89,2).

Pero desde luego era imprescindible para la defensa del río, y por lo tanto para la defensa de Panamá y del comercio de la plata, tintas, ropas y otros géneros que llevaban las Flotas del Norte y del Sur.

Era sin embargo preferible hacer un castillo pequeño con cuatro baluartes, cinco pies de cortina franca y una plataforma baja a la lengua del agua con 12 piezas de artillería y 500 soldados y 60 artilleros, rebajando la eminencia del centro, con lo que se ganaría superficie capaz de contener el citado castillo. En la margen del río había piedra muy buena y suficiente para la construcción.

Como podemos apreciar cada individuo que veía un castillo tenía una opinión diferente.

Sin embargo en esta ocasión, Juan Bautista Antonelli estuvo de acuerdo con su colega Somovilla. Lo único que quería era dejar a salvo la responsabilidad de su padre que fué el iniciador de aquellas obras. Por eso dice después del informe de Somovilla que las nuevas ideas no difieren de las que tuvo su padre Bautista Antonelli (*).

Pero con la rapidez que caracterizada a aquella época, se llega al año de 1650, siendo ya Presidente D. Juan Britoán

(*) Somovilla y Antonelli al Rey, 5.II.1647 (AGN, Panamá, 89,24) Al final del informe hay once líneas de Antonelli donde dice, sin duda para dejar bien a su padre Bautista Antonelli, cuya reputación estaba en entredicho desde que se comenzaron a caer las obras realizadas por él: "como en substancia no difieren las opiniones de su padre con las de Somovilla, se conforma con él en todo y tiene la execucion de esta obra por la de mayor acierto en el servicio de V.M.". "

sin que todavía se hubiese hecho prácticamente nada más que elevar informe tras informe sobre el Fuerte de San Lorenzo. Así pudo decir el Presidente Bitrián: "San Lorenzo se halla arruinado, caído e indefenso".(*)

(*) D. Juan Bitrián al Rey, 20.VIII.1650 (AGI, Panamá, 89 (2)).

Primera Captura de Fuerte San Lorenzo

Dado el estado de defensa en que se encontraba el Fuerte de San Lorenzo, nada tiene de extraño que cayera en manos de un grupo de asaltantes allá por el año 1656.

La información hecha en San Francisco de Cruces el 19 de marzo, día de San José, de aquel mismo año de 1656 (*) ha traído hasta nosotros los detalles de aquel suceso que fuera consecuencia lógica de la falta de adecuada fortificación en la Boca del Río de Chagre. Y si mayores consecuencias no llegó a tener fué porque los piratas que lo asaltaron no tenían fuerza suficiente ni organización para continuar la empresa, pues de hacerlo les hubiese sido relativamente fácil llegar a capturar Panamá, como más tarde lo lograría en un audaz golpe de mano, Morgan.

Era Presidente de la Audiencia por entonces D. Pedro Carrillo de Guzmán, Caballero de la Orden de Santiago y del Consejo de Su Magestad, y era el Castellano del Fuerte de San Lorenzo, el Capitán D. Bartolomé de Aponte.

El día de año nuevo de 1656 salía del Puerto de Cartagena una pequeña ~~flota~~ fragata propiedad del cartagenero Damián de Reales, joven de 26 años, con destino a Portobelo. Llevaba su

(*) Relación del ataque a San Lorenzo, 19.III.1656 (AGI, Panamá, 89 (2)).

dueño una misión encomendada por el Gobernador de Cartagena D. Pedro Zapata, que era la de entregar a su llegada al Istmo un pliego con ciertas informaciones confidenciales al Capitán y Gobernador de Portobelo D. Marcos del Puerto, y otro pliego para D. Francisco Antonio Carrillo de Araoz Toledo quien estaba también en Portobelo como Teniente del Capitán General D. Pedro Carrillo de Guzmán al mando de las fuerzas allí acantonadas en posibilidad de ataque de los enemigos que pululaban en aquellos días por el Caribe.

Acompañaban a Damián de Reales, su piloto, un portugués de nombre Francisco de Acosta, hombre muy experto en todos aquellos mares, capaz de hacer pasar el barco por lugares llenos de arrecifes de coral de los que las costas de Cartagena a Portobelo eran pródigas. Además había sido soldado del Fuerte de San Lorenzo por algún tiempo, de manera que conocía muy bien las costas atlánticas del Istmo. Iban con ellos como tripulantes, el arponeador Jerónimo, Hernando Martín, español de la montaña quien tenía una pierna de palo por lo que le decían "pie de palo", Diego Rodríguez Romero, un muchacho sevillano de 16 años y Andrés López, otro muchacho de 19 años de San Lúcar de Barrameda.

Les acompañaba además un pasajero, Diego Hernández Nieto, de 35 años, vecino de Mompós, natural de Santa Marta, que iba a Panamá para atender ciertos negocios que tenía allá.

Llevaban tres días de navegación con tiempo tormentoso, cuando el miércoles 5 de enero, llegando a la altura de las Islas de Aguas, cerca de la Punta de San Blas, vieron un barco que a las luces se apreciaba que era de corsarios por el velamen. Efectivamente, pronto se dieron cuenta que iba tras ellos tratando de alcanzarles.

Al verle ya cerca y darse cuenta de sus intenciones, el patrón del barco, Damián de Reales, puso los pliegos que llevaba en una talega, y cerrando la boca, ató a ella unas grandes piezas de lastre, arrojándola por la borda al mar para impedir que cayeran en manos de los enemigos los documentos que llevaba.

Dos horas después de avistarlos la embarcación perseguidora, que efectivamente era pirata, les había dado alcance, pues por su velamen era mucho más rápida. Sucedió estos a la altura de la Punta de San Blas. La nave corsaria los abordó cogiéndolos prisioneros y pasándolos a cubierta donde uno de los piratas que al parecer hablaba bastante castellano, les interrogó preguntando quién era el piloto.

La embarcación pirata y la fragatilla capturada se refugiaron en el Golfo de San Blas, donde al parecer esperaban por otro barco corsario que venía en conserva, y como no llegaba, continuaron su camino costeano, pasando por delante de Portobelo, volviendo a detenerse en la Bahía de las Minas, esperando de nuevo a su barco compañero.

Como no llegara, siguieron nuevamente la ruta de la costa, pasando por delante de la boca del Chagre hasta la Isla de Escudo de Veraguas donde tocaron también y de allí pasaron a las Bocas del Drago o del Toro, entrando en la Bahía del Almirante yendo a anclar junto a una isla llamada de Juan Bravo que está en dicha bahía.

Allí, en la isla, se pusieron a dar carena y sebo a su embarcación que marchaba mal pues hacía mucha agua de tal manera que tenían que pasar el día y la noche accionando las bombas para que no se les hundiera.

La embarcación pirata era según la apreciación de Damián de Reales de 6.000 arrobas, el puntal tenía 9 palmos que los midió uno de los prisioneros, Diego Hernández Nieto y tenía 18 varas y tercia de quilla según oyó decir a uno de los piratas.

Iba provista de 12 piezas de artillería, dos de bronce y las otras de hierro, todas de 4 ó 5 libras de bala de calibre y treza.

La tripulación estaba compuesta por 60 ó 70 hombres, al mando de dos capitanes holandeses, uno que era el Jefe máximo y otro que era su segundo o Teniente, La mayor parte de los marineros eran franceses y el piloto era inglés.

Llevaban ya 20 días reparando el barco corsario, cuando llegó otro navío que según dijeron era el que esperaban hacía

varios días. Este nuevo barco, de 1.000 arrobas, llevaba cuatro piezas solamente, según se veían asomar por la borda, de hierro (broquelas) de 3 á 4 libras de bala de calibre y venían con mucha más gente que el primero, de 90 á 100 hombres que "parecían hormigas al salir" como dice en su declaración Diego Hernández.

El nombre del Capitán de este navío era muy "enrevesado" para los prisioneros españoles que entendieron algo así como "Xenxey" (*). Según parece otro de los barcos corsarios había-se hundido frente a la Isla de Caymanes, y la gente de él púso-se en salvo en el recién llegado navío y por esto venía doble de la que normalmente llevaba.

Además habían perdido un lanchón que les servían para dar caza a los barcos de costa, a la altura del Escudo de Veraguas, ahogándose toda la tripulación por causa de un golpe de mar. Este lanchón lo habían capturado anteriormente cerca de Cartagena y era propiedad del piloto Naranjo, quien había sido enviado por el Presidente de Panamá en busca de noticias a Cartagena. La tripulación pudo escapar en aquella ocasión a nado, excepto uno de los marinos de nombre Juan de Mendoza, criollo de Cartagena al que traían prisionero.

(*) En la declaración de Diego Hernández dice que "quería decir lo mismo que San Juan", lo que en inglés haría Saint John, que fonéticamente Damián de Reales interpretó Xen Key. También podía ser Saint James, y precisamente hubo un pirata de este nombre por entonces.

La fragatilla española capturada a Damián de Reales le fué asignada al Capitán Corsario que perdiera su nave. Como el segundo barco también necesitaba reparaciones, quedaron otros 20 días carenando y ensebando en la Isla de Juan Bravo.

La labor de reparación de las naves estaba al parecer terminada, y los preparativos de los corsarios anunciaban su próxima partida, cuando cogieron al criollo Juan de Mendoza que traían prisionero desde que capturaron el lanchón y comenzaron a darle tormento, colgándole de los pies y poniéndole cuatro arrobas de pesos en los brazos, Mendoza, sintiendo que los huesos se le rompían por el brutal estiramiento, gritaba de dolor, diciendo que no sabía más de lo que había dicho. Una y otra vez le preguntaban qué gente había y en qué situación estaba el Castillo de San Lorenzo, que al parecer era su objetivo próximo y Mendoza repetía lo mismo, que estaba muy bien guarnecido, que tenía 14 piezas de artillería y una guarnición de 100 hombres y "un caracol" (*) por donde se comunicaban las dos plataformas del Fuerte, por el que no cabía más que un hombre.

No satisfechos los piratas, pusieronle más peso todavía y los dolores se agudizaron tanto que el infeliz Mendoza suplicó que le ahorcasen de una vez pues no sabía más de lo que había

(*) Obsérvese que ya se menciona la existencia de este "caracol" o escalera de caracol el año 1656, proyecto que ya vimos tuvo Enrique Enríquez, aunque más amplio, pues él proyectó que pasasen cuatro hombres a la vez. Así debió construirse mucho más reducido según lo que declaró Mendoza bajo tormento.

dicho.

Insistieron los atormentadores, diciéndole que el piloto Acosta les había dado una información completamente distinta, y que por qué mentía él, a lo que contestó Mendoza que Acosta no podía decir más de lo que él había dicho "siendo cristiano y diciendo verdad y que no diría más pues no sabía más", con lo cual al parecer satisfechos los piratas, le retiraron del tormento, tirándole al interior de las bodegas.

Cogieron entonces al piloto Francisco de Acosta, al que habían estado interrogando en la cámara de los Capitanes y le habían obsequiado mucho, tratando de atraérselo para que les ayudara, pero como por las buenas no parecieron conseguir mucho, le llevaron al tormento también. El cuanto sintió el dolor del estiramiento de sus miembros, Acosta comenzó a dar gritos, pidiendo que lo soltaran y que diría todo, y después de un rato de hacerle sufrir, al fin confesó que había sido soldado del dicho Fuerte de San Lorenzo, y que conocía muy bien todas sus entradas y salidas, y que en aquellos momentos había una guarnición muy escasa y casi todos enfermos, y ofreció para salvar su vida y que cesara su sufrimiento que los llevaría hasta el mismo cuartel del castillo sin que perdieran un solo hombre, ya que lo tomarían por sorpresa. Satisfechos sus torturadores, le soltaron también, pero dejándole una soga atada al cuello,

como para resarcirlos lo que les pasaría si no cumplía con lo que les había dicho.

Al día siguiente, bien concertados ambos bajelas piratas y la fragatilla capturada, embarcaron conserjos y prisioneros y se hicieron a la vela, saliendo de la Isla de Juan Bravo, después de 40 días de permanencia en ella.

A Daniel de Ruelas y dos de los prisioneros los pusieron en la fragata mayor que hacía de Capitana y al resto de los prisioneros los embarcaron en la fragata inglesa, dirigiéndose que las iban a desembarcar en la Costa de Portobello.

Viendo Daniel de Ruelas la separación que habían hecho de ellos, preguntó a uno de los capitanes que acertó a pasar cerca de él, la razón por la que los dividían, si es que iban a desembarcarlos a todos en la costa en ocho o diez días, a lo que el pirata, en un mal tratado castellano contestóle que se metiera en sus asuntos, y que aunque fuera por un día no los querían ver juntos.

Más apenas salían las naves de la Isla de Juan Bravo, por la Bahía del Almirante, vieron una vela que se acercaba. Puestas en alarmita los conserjos, lanzaron un bote al agua para que viera de qué gente se trataba. El bote regresó después de comprobar que era otro navío pirata de nacionalidad francesa.

Se trataba de una "trainsa vizcaína" armada con 12 piezas de artillería de 8 a 10 libras de bala, todas de hierro, con

50 tripulantes franceses, que venían desde Martinica, habiendo pasado por Curaçao tratando de capturar ~~en~~ embarcaciones de comerciantes. Habiéndose reunido cerca de Curaçao con otra nave pirata tripulada también por franceses, al llegar a las cercanías de Cartagena, fueron avistadas al atardecer por dos bajeles grandes de "los del Parlamento" que trataron de darles caza. Los barcos franceses se separaron, y pudieron escapar aprovechando las sombras de la noche. El que acababa de llegar a Almirante era uno de ellos.

El capitán de este barco francés pasó a la nave capitana de los holandeses y todos los jefes reuniéronse a deliberar sobre sus negocios, y a las conversaciones siguió una gran fiesta y una borrachera general que duró dos días.

Al cabo de este tiempo, el barco francés quedó en la isla de Juan Bravo para reparar sus averías, y la flotilla pirata de las tres embarcaciones, continuó su viaje rumbo a Levante.

A los tres días fueron a dar al puerto de Las Minas, que según los testigos que intervinieron en esta información, estaba situada "pegada al Puerto de Naos", llegando a aquel lugar el miércoles 8 de marzo de aquel año de 1656, a las 2 de la tarde.

Al parecer algunos de los piratas eran partidarios de atacar enseguida, aquel mismo día al Fuerte de San Lorenzo, pero después de algunas discusiones, prevaleció el criterio

de esperar al día siguiente, y entonces lanzaron unas canoas al agua, ya al anochecer, en una de las cuales llevaron al piloto Acosta siempre con la soga al cuello y las manos atadas a la espada. Estuvieron toda la noche sondando la Bahía de Las Minas y regresaron al amanecer a sus embarcaciones.

Entonces, el jueves 9 de marzo, desembarcaron a la mayoría de su gente bien armados todos con escopetas de chispa (nueva arma de aquella época, de tiro más rápido y eficaz que los lentos y pesados mosquetes), 4 pistolas y varios alfanjes cada uno. Así, armados hasta los dientes, se metieron por entre la vegetación, llevando como guías a cuatro holandeses que hacía unos años, gobernando D. Juan Bitrián en Panamá, habían naufragado, salvándose doce de ellos en aquel punto, y al tratar de ponerse en salvo por aquel lugar, habían ido a dar al mismo Fuerte de San Lorenzo, de manera que recordaban el camino, y entre ellos el infeliz piloto que prefirió vivir aunque fuera con una soga al cuello y con las manos atadas.

En las embarcaciones quedó un número suficiente de piratas para cuidarlas y maniobrar con ellas si fuera necesario.

Aquel día la guarnición de Fuerte San Lorenzo, que se componía no de 100 hombres ni mucho menos como dijo el criollo Mendoza para asustar a los piratas y hacerles desistir de la empresa, sino de 50, la mitad de los cuales estaban enfermos, la mayoría con fiebres tercianas y cuartanas, cosa común entre

las guarniciones de San Lorenzo, había sufrido un señalado contratiempo. Los bastimentos que periódicamente llegaban desde Panamá vía San Francisco de Cruces por el río de Chagre, se habían perdido en su totalidad casi a la vista del Fuerte, pues una falsa maniobra al tratar de entrar en el Portete, y una fuerte ola levantada por el Norte que en esa época sopla tan violentamente en la boca del río como si fuera Mar abierto, había hecho zozobrar la embarcación que los traía. La guarnición a la que apenas quedaban alimentos, se había visto obligada a buscarlos de alguna forma. Y así, el Castellano Don Bartolomé de Aponte, había enviado cuatro soldados en una canoa por el río arriba, para que dos de ellos siguieran hasta Panamá y comunicasen el accidente y solicitaran nuevos bastimentos, y los otros dos para que buscasen en San Francisco de Cruces algunas vituallas para traer al Fuerte entretanto que se conseguía una nueva remesa del Gobernador. Un grupo de soldados que se encontraban en mejores condiciones de salud había salido con sus arcabuces por los montes para traer alguna cacería, puercos de monte y sahinos que por allí abundaban, otro grupo había partido por el río a pescar y aún otro pequeño grupo a la cabeza del cual iba el Sargento Centeno, había marchado por la orilla del río hasta unas rozas que por allí tenían para cortar maíz y buscar algunas cabezas de plátanos con que alimentar a la tropa.

Así, las circunstancias especiales mencionadas fueron causa

de que aquel día la guarnición del Fuerte quedara reducida a 27 hombres de los cuales la mayoría estaban enfermos. Hasta nosotros han llegado los nombres y graduación de algunos de ellos. Además del Castellano D. Bartolomé de Aponte, estaban en el Fuerte o Castillo, que como vimos de castillo "sólo tenía el nombre" como diría también uno de los testigos, el Capellán que estaba en cama muy enfermo, tanto que aquel mismo día el barbero había tenido que sangrarle, según la costumbre de la época; el Sargento Francisco de Trejo, reformado, quien se encontraba en los alojamientos de la tropa convaleciente de una grave enfermedad que había tenido; el Sargento Alonso Ortega, reformado, de 23 años, y tan enfermo, que "le habían confesado aquel día", casi sin poderse levantar del lecho, y los soldados Juan Guillén y Antonio de Santa María, D. Pedro de Losada y Quiñones y Antonio Francisco.

Todos ellos estaban en los cuarteles de tabla y paja, construídos sobre la parte alta del cerro. En la plataforma medio derruída que fuera el Fuerte primitivo, que estaba al pie del cerro, a la orilla del río, estaban de guardia el Cabo Diego de Estrada y los soldados Lucas de Ayala y otro de nombre Nicolás que atendían las tres piezas de artillería allí montadas y que apuntaban a la boca del río.

Así las cosas, serían alrededor de las dos de la tarde (de dos a tres dirá en su declaración el Sargento Alonso Orte-

ga "aunque no tenía ampolleta (*) para saber la hora"), cuando súbitamente, los piratas que acababan de llegar silenciosamente hasta las espaldas del cerro donde la escasa y enferma guarnición sosteaba, atacaron por varios puntos, disparando sus fusiles de chispa y sus pistolas. El grito de "al arma soldados" lanzado por un somnoliento centinela, quedó ahogado por la gritería de los atacantes, que no dieron tiempo casi a que los del fuerte cogiesen sus armas. Sin embargo, el Castellano salió armado de espada y rodela, lanzándose a la lucha con algunos de sus hombres, pero, arrinconados por un número aplastante de piratas, tuvieron que refugiarse en el bohío de la artillería, que posiblemente por causa de algún disparo, comenzó a arder.

Mientras tanto, el Capellán, que enfermo como estaba, salió con dificultad de su cuartel fué herido por un pirata de un alfanjazo y al ver que no acababa de morir, le disparó a bocajarro un pistoletazo en el pecho dejándole muerto sobre unos matorrales.

El Sargento Trejo, que como se dijo, se encontraba convaleciendo de su enfermedad, y quien al oír los primeros disparos había salido a ver qué sucedía, al darse cuenta de la inminencia del ataque enemigo, entró en los cuarteles a buscar sus

(*) Ampolleta: Se decía del reloj de arena, antiguo artificio empleado para medir el tiempo, compuesto de dos ampolletas unidas entre sí por un ~~estrechamiento~~^{cuello} estrechamiento. La arena colocada en la superior va deslizándose lentamente por la estrechez, terminando de pasar en un tiempo determinado. Al pasar en su totalidad, podía ser invertida para continuar de nuevo la medición del tiempo.

armas y junto con el Sargento Alonso Ortega que salió arrastrándose casi pues no se podía tener en pie, se enfrentaron valientemente con los piratas. Después de hacer varios disparos, el Sargento Trejos se enfrentó con uno de los piratas que le apuntó con una pistola con el ánimo de acabar con él. Trejos saltó tan rápido como pudo, tirándose al suelo y la bala pasó sobre él yendo a dar bajo la barba de un soldado que tras él se cubría llamado Juan Guillén, que quedó muerto en el acto, cayendo por el cerro abajo.

Mientras tanto, el fuego se había propagado a los cuarteles y bohíos, y al bohío de la artillería, donde el castellano y algunos de sus hombres continuaban la imposible defensa. Viendo que el humo les asfixiaba y que morían abrasados, pidieron salir y deponer las armas, pero uno de los Capitanes holandeses se opuso a ello, deseando que perecieran todos en la casa que ya era una hoguera. Sólo gracias a la intervención de otro de los capitanes, el de la nave inglesa que parecía ser el cabecilla, y que según el Sargento Trejos que presenció la escena "regañó mucho" al otro capitán por su crueldad, pudieron salvarse y salir medio asfixiados los últimos defensores.

La rendición era inevitable. Mientras tanto, el cabo y los soldados que al comienzo del ataque hacían guardia en la plataforma del río, al ver que el castillo había caído en manos de los asaltantes, tomaron una balsa que servía para pasar el río y cruzaron a la otra orilla bajo el fuego de la escopetería pirata.

El Sargento Centeno, que estaba con el barbero y otros dos soldados algo retirado del castillo, al darse cuenta de lo sucedido, cogió una canoa y marchó con sus hombres río arriba para buscar refuerzos.

La guarnición capturada fué encerrada en el cuartel del capellán que estaba junto a un bohío que hacía las veces de Iglesia.

Los piratas dejaron arder las casas de tablas, quedando sólo libres del fuego la Iglesia y el Cuartel del Capellán. Inmediatamente que el castillo fué rendido, organizaron unos puestos de guardia para prevenirse de cualquier ataque que viniera de algún posible refuerzo, uno en los bohíos de las "cocinas viejas", otro en "el pedrero que vigía la mar", otro en "El Cuartel de Centeno", otro en el Cuartel del Gobernador y otro en el bohío de la artillería que se quemó.

Algunos piratas salieron por los alrededores buscando posibles fugitivos y a explorar el terreno, y en una de las lanchas de la fragata mayor, partieron algunos por el río arriba para vigilar los posibles movimientos del enemigo.

Tan pronto fueron dueños del Fuerte, enviaron un aviso por tierra a sus embarcaciones para que se acercasen a la Boca del río y con este aviso enviaron al piloto Acosta debidamente custodiado para que les guiase por los lugares adecuados de la costa.

El viernes 10 partieron los bajeles hacia la boca del Chagre, por donde les condujo el piloto Acosta que conocía bien aquel paraje, haciendo entrar las embarcaciones hasta el Portete por entre los arrecifes y La Laja, lugar peligrosísimo aun para embarcaciones de mucho menor porte y para pilotos expertos, sin tropiezo alguno, atracando junto a un muelle de madera que allí había construído.

Una vez que fondearon en el abrigo del Portete, embarcaron a todos los prisioneros del Fuerte en la fragatilla capturada a la que

quitaron las velas y el timón para que no pudiesen escapar con ella, y la convirtieron en cárcel.

Los piratas cuyos designios no eran solamente capturar el fuerte, sino llevarse los géneros que habían tenido noticia solían depositarse allí, así como la plata que venía del Perú por aquella época para ser embarcada en Portobelo de donde pasaría junto con los tintes tan apreciados como cochinilla, indigo, añil, grana, que eran de las más ricas mercaderías que se traficaban desde las Indias, amenazaron con acabar con todos los prisioneros cerrando las escotillas y echándolos a pique si no les revelaban el lugar donde guardaban las riquezas.

El castellano Aponte les dijo que nada de eso que ellos querían tenían allí, y para que se convencieran, ordenó a uno de los soldados llamado Santamaría que les acompañase hasta los almacenes del otro lado del río que por entonces estaban vacíos. Así lo hizo el soldado, quedando convencidos los piratas de que habían llegado en mal momento para ellos.

Y viendo que nada tenían que hacer allí, se llevaron los cañones de bronce del Fuerte, tirando una pieza grande que había, al mar, y "clavando" como de costumbre otras dos piezas de hierro.

Hubieran marchado antes, pues ya no había nada que los retuviese allí, pero al parecer las brisas eran tan fuertes que no era posible hacer salir los barcos so pena de estrellarse contra los arrecifes, y ya empezaban los piratas a temer que se habían metido en una encerrona, cuando la mañana del miércoles 15, después de una semana del asalto, el tiempo amainó, apareciendo propicio, de forma que decidieron arries-

garse e intentar la salida pues temían y con razón que en Panamá ya se habrían enterado de su llegada y estarían aprestando fuerzas para desalojarles.

Así, al amanecer del miércoles 15 desembarcaron a los prisioneros, entregándoles dos fanegas de maíz para que no muriesen de hambre, y se llevaron con ellos al piloto Acosta al que pensaban seguir utilizando aunque fuese con la soga al cuello en forma permanente, al marinero de la pierna de palo a quien por su conocimiento de las costas parece convenía tener con ellos y a un artillero italiano de nombre Jácome que estaba en la guarnición de Fuerte de San Lorenzo y que quiso ir voluntariamente con ellos, y al que Damián de Reales oyó decir que él podía ser el mayor corsario que se hubiera visto en aquellas costas y que sabía cómo tomar la Isla de Santa Catalina fácilmente. También se llevaron a un zambo llamado Francisco Cornejo.

Si tardan dos horas más en marchar, los piratas no hubieran podido salir de la Boca del Chagre, pues se levantó de nuevo una fuerte brisa que les hubiera impedido la salida y hubiera dado tiempo a la llegada de los refuerzos que a las pocas horas estaban en la boca del río.

El contacto con los piratas fué motivo para que ciertas informaciones sobre los movimientos de enemigos por el Caribe fueran del conocimiento de los prisioneros que habían hecho, que más tarde se lo contarían todo al Gobernador de Panamá.

Así, Damián de Reales, quien sostuvo algunas conversaciones con uno de los piratas franceses que era "muy ladino en la lengua castellana", pudo enterarse que la escuadra del Parlamento había tomado y saqueado Cuba

Guayamo o Bayamo y Sancti Spiritu que estaba 14 leguas tierra adentro en la Isla de Cuba y que habían capturado también una fragata que el Gobernador de Cartagena envió a Santo Domingo con socorro de municiones y que habían llegado por entre las Islas 70 navíos en tres escuadras que habían sitiado a Santo Domingo, y que 20 más que llegaron primeramente habían intentado tomar la ciudad sin conseguirlo y que oyó decir que el general inglés que se retiró de allí vencido había sido llevado a Inglaterra para hacer justicia de él por no haber conseguido su objetivo. También contó el oficial francés que 7 bajeles gruesos del Parlamento tenían cerrada la boca del Puerto de Cartagena, y que 33 bajeles más estaban anclados en la Isla Barbada para salir a atacar los puertos españoles de la costa, y que los ingleses habían dicho que estaban dispuestos a tomar Santo Domingo aunque les costase toda Inglaterra, así como que el Príncipe Roberto estaba preparado con otros 50 navíos para realizar otro ataque por un lugar distinto. Creía el francés que entre todos los barcos que de diversas naciones andaban por el Caribe en aquellos momentos habría más de 220 que estaban dispuestos a terminar con el poderío de España en las Indias. Creía también que antes de un mes caería Portobelo, ya que sabían cómo tomarlo fácilmente, y también Chagre en manos de fuerzas confederadas para asestar golpe tras golpe en los puntos neurálgicos de las defensas españolas.

El Gobernador de Panamá, D. Pedro Carrillo de Guzmán, informaría por su parte al Rey el 13 de julio de 1656 (°) diciéndole que el sábado 11 de marzo tuvo noticias por un negro del Fuerte de San Lorenzo que

(°) Carrillo de Guzmán al Rey, 13.VII.1656 (AGI, Panamá, 89 (2)).